

## Aves y recuerdos de niño.

La mañana ya nació soporífera a consecuencia del calor, dejándonos claro la estación en la que nos hallamos. En el cielo, como en tantos otros días del estío, las nubes están extintas y es de un color blanquecino, sólo teñido de un tenue azul si miramos en vertical sobre nosotros. En el ambiente se respira una tranquilidad y sosiego que, si no fuera porque hace horas que amaneció, bien podríamos decir que nos hallábamos en medio de la noche.

En un extremo de la laguna, en el agua, dormitan varios Ánades Frisos (*A. strepera*) y junto a ellos un grupo de gráciles Gaviotas Reidoras (*L. ridibundus*), llegadas estos días desde sus zonas de cría. Algunas de ellas se acicalan, sus caras pintadas ya comienzan a blanquear desde el nacimiento del pico hacia atrás, una Focha (*F. atra*), pasa nadando en línea recta entre los Frisos y aparece de debajo de las aguas un macho de Malvasía (*O. leucocephala*) el cual, tras unos instantes, vuelve a desaparecer. Tras ellos una Lavandera Boyera (*M. flava*) andorrea por la orilla, más hacia mí, dos Cigüeñuelas (*H. himantopus*) picotean la superficie

Las notas de sonido son puestas por los escarceos de los Chorlitejos Chicos (*C. dubius*), alguna Cigüeñuela, un grupo de alborotadores Abejarucos (*M. apiaster*) que a lo lejos revolotean en la ribera y trinos aislados de Aviones Comunes (*D. urbica*).

El camino esta jalonado de Hinojos, Mijos, matas secas de Crisantemos,... adornados todos acá y allá, por los cuerpos blanquecinos de los caracoles, inversos en un sueño profundo. Junto a mí, en los Tarajes, se mueven varios Carriceros comunes (*A. scirpaceus*), con sus ásperos reclamos. No son sólo capaces de vociferar tales reclamos; prueba de ello, la de uno que más a lo lejos en las cañaveras del río, lanza un canto más elaborado.

Frente a mí, al otro lado de la laguna, en los eucaliptos cuyas copas yacen muertas, descansan tres Garzas Reales (*A. cinerea*), dos elegantes Espátulas (*P. leucorodia*) que duermen con sus picos escondidos en el costado, varias Tórtolas Turcas (*S. decaocto*) y algún Estornino Negro (*S. unicolor*), más un adulto de Ibis Sagrado (*T. aethiopicus*).

Hace rato que decidí sentarme en la orilla a la sombra de un taraje para escribir, y estoy gratamente acompañado por la aparición, de vez en cuando, de varias Ratas de Agua (*A. sapidus*). Hace unos instantes, mientras una descansaba bajo la base de las añejas ramas del taraje que me da sombra, otra aparece por mi izquierda en carrera por la orilla hasta llegar a mi altura y, a escaso metro de mí, se lanza al agua, continuando trayecto nadando rápido. Son bonitas estas ratas: cara roma, orejas redondeadas escondidas entre los pelos; siempre es muy gustoso su encuentro cuando tiene una oportunidad de verlas nadando por las orillas. Un pequeño Galápago Leproso (*M. leprosa*) se mueve escudriñando las algas de la superficie y una rata se a puesto a roer

algo unos instantes para después desaparecer entre los carrizos. Un Carricero común me otea y reclama desde la copa del taraje y se lanza volando hacia otro. En una rama más baja de donde estaba posado, una ooteca de mantis ya abandonada; pasa volando un Verderón Común (*C. chloris*) chivateado por su reclamo.

Corta el aire el reclamo del Martín Pescador (*A. atthis*) y acaba posándose a unos 20 metros frente a mí. No es de extrañar que siempre nos encandila esta ave, entre otras cosas, por su colorido plumaje, que ahora, debido a que está posado en sombra y no con mucha luz, pasa más desapercibido; lo que más destaca son las manchas blancas de los lados del cuello. Tras unos segundos se marcha; no le faltará la comida, pues entre las algas se mueven infinidad de Gambusias (*G. affinis*), aunque la mayoría son minúsculos alevines, que acaban de ser espantados por una Garceta Común (*E. garzetta*) que venía a posarse justo donde yo me hallo; menudo susto se ha llevado cuando, ya a escasos tres metros, me ha descubierto, se ha frenado en el aire echando las alas hacia atrás y, reclamando, se ha marchado.

Ha comenzado a llegar desde el mar una ligera bruma que ha hecho desaparecer los edificios de la ciudad que veía a lo lejos. El Martín vuelve a sonar y sobrevuela a ras de agua, con su vuelo veloz y de rápido aleteo, que frena en un planeo ascendente para posarse más lejos fuera de mi vista. Frente a mí, en la lámina de agua, cinco pollos de Malvasía -picos y cabezas desproporcionados para sus diminutos cuerpos, en los que sí destacan irrisorias plumas de su cola levantada- van solitarios hasta unirse más allá con su madre, junto a la cual un macho hace la pose de cuello estirado y cola levantada en vertical. Me sobrevuela un Andarríos Bastardo (*T. glareola*) que no para de emitir su reclamo. Tras las Malvasías, en un islote, un grupo de Gaviotas Reidoras; de ellas, dos jóvenes del año: dorso, parte posterior del cuello, auriculares y pileo marrones, nuca blanca y pico crema, con la punta oscura. Alrededor de ellas, en las aguas someras, se alimentan dos Espátulas: con el agua a ras del vientre y la cara casi sumergida clavan sus picos entreabiertos en el fondo, moviendo la cabeza de un lado a otro; cuando detectan algo, sacan la cabeza y con un impulso de ésta hacia atrás, tragan lo que han cogido con la punta del pico, continuando con la tarea.

La bruma cubre tenuemente la otra orilla, borrando los tarajes. Se aprecia su movimiento con el fondo de la vegetación. Una de las Espátulas se acicala el ala dejando ver las puntas negras de las rémiges. Aunque ambas son subadultas, una tiene el pico casi completamente negro con la punta amarillenta, como los adultos, y la otra lo tiene más claro; picos con una pequeña uña final curvada hacia abajo.

Se nota ya el fresco de la bruma; el Galápago sigue entre las algas; por un momento se hace un silencio extraño, roto al instante por los chorlitejos chicos. Una Patiamarilla (*L. michahellis*) se da un baño, mientras un Gabarrón de la misma especie nada más allá, sale del agua y anda entre las reidoras, bien portentosa frente a éstas, da un aleteo y a volar casi todas sus primas

pequeñas. Se acicala el plumaje mojado arreglándose con el pico, sacudiendo las alas y restregando la cara por los dorsos.

Me levanto y a mis pies, a lo largo de la orilla esparcidos, los restos de brotes tiernos de carrizos devorados por las Ratas de Agua, así como dos de sus galerías a ras de agua, delatadas por que delante de ambas, a modo de minúsculas penínsulas están las arenas extraídas de la excavación de dichas galerías, recorridas ambas por un ligero canal ocasionados por el ir y venir de las ratas.

Las casas de la urbanización de Guadalmar apenas se ven con la bruma y el cielo aparenta estar ahora cubierto de nubes, confusión que durará poco. En el recorrido hasta la playa uno de los lados del camino está cubierto con bastante Paladú (Regaliz silvestre *Glycyrrhiza glabra*). Esta planta era uno de los motivos por los que comencaron mis escarceos de niño por estos lugares, al igual que muchos otros chavales que, en pandilla, dejábamos atrás los barrios periféricos de la ciudad y, cruzando huertos, establos, campos de caña de azúcar, de las cuales también nos echábamos muy de vez en cuando alguna a la boca, saltábamos acequias de las que nos hinchábamos de beber, etc. Buena niñez aquella y melancólica. Melancólica, no por que ahora sea un viejo, pues tengo 31 años, sólo que a pesar de no haber trascurrido tantos años, la gran mayoría de mis recuerdos sólo los podré buscar en mi memoria, dado que la mayoría de esos parajes, protagonistas de muchas aventuras infantiles, están hoy día bajo el asfalto y el ladrillo, quedando solo el Paraje Natural de la Desembocadura del Guadalhorce como una isla verde en medio de esta costa de paisaje alicatado. Más me duele que sólo seamos unos pocos los que somos conscientes de ello; maldito sea el dinero, aunque nos sea imprescindible para vivir, ¿qué precio le podría poner yo a esos escenarios de mi niñez desaparecidos? Así estoy, que algunas veces con mis recuerdos me asemejo a un abuelo sentado en el banco del parque, con sus manos y barbilla apoyadas en el bastón de la vida.

Pues sí, armados de “azoletas”, íbamos en busca de nuestros tesoros, que eran las raíces del regaliz silvestre o mejor dicho Paladú, como se llama aquí en Málaga; raíces muy apetitosas que mascábamos hasta arrancarles el último jugo, como si fuéramos pistoleros del oeste americano mascando tabaco. Éramos niños de barrio, todo era diversión y afortunados por vivir en los últimos barrios. En mi edificio, bajo mi terraza, pasaba el cabrero con el rebaño vendiendo leche y, desde esa terraza, gritaba mi madre hacia el campo: “ANTOÑITOOOOO, ANTOÑITOOO, a comer”, y allá que ese Antoñito tenía que dejar la faena en la que se hallaba inmerso, darle la espalda al campo y, tan sólo cruzando una calle, estar en la ciudad, pero claro, o bien esa misma tarde o al día siguiente estaría afanado en otra de vuelta por esos campos.

En el camino a la playa, pocas achicorias con alguna flor; se escucha al diminuto Buitrón (*C. juncidis*). Los “hechíos” y cagarruteros de los conejos, así como las huellas de sus correrías, el rastro de una pequeña culebra y las sendas, ya reseca, de las babas de los caracoles que aprovecharon la

frescura de la noche. Ya en la zona interior de la playa, me paro a disfrutar de la simple visión de un Junco redondo (*Juncus acutus*), porque de siempre me han enamorado, sobre todo los ejemplares viejos y aislados, dado que en estos terrenos, antaño casi todos inundables, eran como la vieja encina solitaria, vestigio del ecosistema perdido, amén de que aquellos niños del paladú también tiraran de algunos de sus tallos para comerse la base blanca y tierna.

Pequeños prados de llantén, grupos de Jilgueros (*C. carduelis*) más algún Verderón sobrevuelan las amapolas de playa (*G. flavum*), alegrando el aire. Ya en la arena, entre la vegetación agostada, destaca irremediamente una azucena de mar en flor (*P. maritimum*) con unas doce o quince flores espectaculares. Atravieso el carrizal y me detengo a los pies de otra pequeña laguna en la que, solitaria, se zambulle una hembra de Malvasía; pero inspeccionando la orilla, a la sombra de los carrizos, un reflejo celeste y blanquecino en el agua delata la presencia de un macho: el color de su cara y pico lo han delatado, pues soy incapaz de ver otra cosa que no sea su reflejo. En apenas unos instantes el sol ya lo domina todo, la bruma se ha disipado y el calor se adueña agresivamente del ambiente.

Esta narración esta basada en la mañana del viernes 7 de julio de 2006 en el Paraje Natural Desembocadura del Guadalhorce.

Antonio Tamayo



*Azucena de mar*